



VOCES DE SACRAMENTO 2025

EDITADO POR BRENDA ROMERO



SACRAMENTO
STATE

Inclusive Excellence



MÉXICO
CONSULADO GENERAL EN SACRAMENTO

The
SERNA
CENTER
at
SACRAMENTO STATE

Agradecimientos

Arte de la portada:

- ◇ “El Campo” de Marisa Nuñez

Jueces:

- ◇ Dra. Itzel Aceves-Azuara, Departamento de Psicología
- ◇ Dr. Manuel Barrantes, Departamento de Filosofía
- ◇ Dr. Miguel Bota, Departamento de Lenguas y Literatura
- ◇ Dr. Carlos Flores, Departamento de Comunicación
- ◇ Dr. Euisuk Kim, Departamento de Lenguas y Literatura
- ◇ Dra. Nadxieli Toledo Bustamante, Departamento de Educación

Colaboradores:

- ◇ Roxana Calderón, Directora de Empoderamiento de la Comunidad, Univisión
- ◇ Lilia Contreras Ramírez, Oficina de Iniciativas Hispanas, Sacramento State
- ◇ Cónsul General Christian Tonatiuh González, Consulado General de México en Sacramento
- ◇ Dr. Juan Carlos Ruiz Guajardo, Asuntos Culturales y Educativos, Consulado General de México en Sacramento

Diseño Digital

- ◇ Lilia Contreras Ramírez, Oficina de Iniciativas Hispanas, Sacramento State

PRÓLOGO

Con gran entusiasmo presentamos esta nueva edición de la antología del concurso de escritura en español *Voces de Sacramento*. Este certamen, que este año celebra su quinto aniversario, se ha consolidado como un espacio vital para que la comunidad hispanohablante de Sacramento y sus alrededores comparta sus vivencias, emociones y creatividad a través de la escritura en español, fortaleciendo así nuestra identidad cultural y lingüística.

En esta edición, los textos galardonados en las categorías de escritores jóvenes y adultos, así como las menciones honoríficas, ofrecen una ventana íntima a los sentimientos y pensamientos de quienes nos rodean. Entre los participantes adultos, hallamos una profunda evocación de la nostalgia: recuerdos de tiempos pasados, la presencia imborrable de familiares que ya no están y la conexión con nuestro entorno local, desde los campos de cultivo que forman parte de nuestra vida cotidiana hasta reflexiones inspiradas por los incendios forestales que recientemente afectaron el norte de California. Estos textos no sólo retratan experiencias individuales, sino que también capturan el pulso colectivo de una comunidad en constante transformación.

Por su parte, los jóvenes escritores abordan con sensibilidad y madurez temas que resuenan en sus realidades: los retos de crecer entre dos mundos—como el bilingüismo—, los conflictos familiares, los desafíos escolares, la admiración hacia figuras significativas en su vida—incluyendo madres, padres y abuelos—, así como la presencia de la fe como fuente de consuelo, fortaleza e inspiración. Sus voces, llenas de fuerza y autenticidad, demuestran que la escritura es también un medio para afirmarse y comprenderse.

En un momento en que nuestro país enfrenta grandes desafíos y nuestras diversas comunidades experimentan situaciones de vulnerabilidad e incertidumbre, la escritura se manifiesta como una herramienta poderosa de expresión y desahogo. Estos textos son testimonio del valor de contar nuestras historias y de la capacidad del lenguaje para sanar, conectar y resistir.

Expresamos nuestro agradecimiento al Consulado General de México en Sacramento, Univisión, el Centro Serna y la Oficina de Excelencia Inclusiva de Sacramento State por su invaluable apoyo a esta iniciativa. Gracias a su colaboración, este proyecto sigue siendo un faro para la creatividad, la memoria y la esperanza de nuestra comunidad.

Deseamos que esta antología sea leída con el corazón abierto y que sus páginas sirvan de puente entre generaciones, culturas y experiencias compartidas.

CONTENIDO

Agradecimientos	2
Prólogo	3
El espíritu del campo	5
La de ojos de océano infinito	6
La última despedida	6
Mis dos lenguas	8
Bella rosa en el campo muerto	8
Dura y cruda realidad	9
Ojos como los tuyos	10
Salida del abismo	10
Perdiendo a mi mejor amigo	12
El perro con un plan	13
Carta a papá	15
Historia de año nuevo	16
¡Tuve miedo de perderte, y al final, yo te perdi!	18
Aquello que atesoras	20
8 de noviembre	22
Aislada por la esperanza	24
¿Qué quedará?	26
Huellas criminales	27
Entre sombras y luz	28
Chernóbil	30
Sobre la editora	32

Categoría de Escritores Jóvenes | Primer Lugar

“El espíritu del campo” por Benjamín López, Inderkum High School

“El polvo sabía a amargo exilio,” pensó María mientras se encorbaba para cosechar uvas entre un mar de compañeros soñadores. María se lamentaba desconsoladamente; las lágrimas que ocultaba habrían bastado para llenar las acequias a su alrededor, porque se habían quitado a su único hijo. Lo robaron en una redada que, como siempre, llegó sin previo aviso, pero con gritos que se oían a lo lejos. El día comenzó con una mañana rutinaria para María y su hijo, Jesús, despertando al amanecer para ir a la chamba. Tomaron un *raitero* lleno de caras familiares, viajeros y refugiados de la violencia y la pobreza en sus aún queridas patrias. María había agarrado una canasta y se la había echado a la espalda para recoger el fruto de su jornal, compartiendo el trabajo con su hijo. Jesús, obstinadamente, seguía yendo al campo con su madre, quien quería que estudiara, aunque su ausencia condenaría a la familia al agotamiento.

La cosecha persistía como el sol, abrasando a María y a los demás. Nadie se atrevía a parar a buscar agua, no solo porque rara vez se distribuía, sino porque, si había, estaba tan lejos de los campos que cualquiera que siquiera pensara en beber perdería una parte de su ya escaso salario. De repente, como un trueno sin relámpago, María oyó un rugido en el suelo, tenues susurros de voces aterrorizadas, “¡La migra!” Sus ojos se movían con un propósito abrumador, buscando la cara de su hijo. Antes de encontrarlo, y antes de caer en las garras metálicas de la migra, una de las caras familiares la agarró del brazo y la arrastró hasta un lugar seguro. María se encontró entonces, en un momento inolvidable en su vida, con una absoluta incredulidad; no podía creer que no hubiera permanecido al lado de su hijo, ni que su hijo no se hubiera quedado con ella. María quería creer que sentiría el alivio del reencuentro tras una breve separación, pero su duda se convirtió en el reflejo de una realidad impensable.

Los dos días siguientes, María no tuvo ganas de comer; pensó en ahorrar así para que su hijo no tuviera que trabajar con ella a su regreso, pero no sabía dónde estaba. Habría acudido a las autoridades, pero ¿qué habrían hecho con ella? Al tercer día, María se indignó, arremetiendo contra Dios por no haberle permitido siquiera ocupar el lugar de su hijo, maldiciendo el alma que la salvó de la conmovición y arrepintiéndose de sus malos pensamientos inmediatamente después de formarse. Finalmente, al cuarto día, el mismo ángel de la guarda que la había rescatado durante la redada pareció aparecer como por orden divina. Este hombre, llamado Juan, debió ser enviado por Dios, porque al llegar a la puerta de María, le trajo el consuelo de una comida caliente y abundante, y un rostro que no juzgó ni condenó a María por su desesperación.

Tras dejar la olla de albóndigas, Juan le preguntó a María, “Hermana, ¿quiere algo de beber?” Tanta amabilidad, viniendo de un desconocido al que solo había visto en el *raitero* y en el campo, debió ser un milagro, o quizás el milagro fue que la buena voluntad de un vecino le devolvió la fe. María, vacilante, comenzó a narrar su desgracia, pero enseguida las palabras le salieron como un torrente. Al darse cuenta de que le estaba dando a Juan la misma hospitalidad, María le preguntó tímidamente, “Dígame señor, ¿cómo está?” Juan, el ángel, respondió brevemente, “Pues, hermana, ya sabes que aquí estamos y no nos vamos.” Por alguna

razón inexplicable, a Juan no le importó quedarse a compartir la comida que había preparado, a pesar de que, al igual que María, también tenía el mismo trabajo exigente que agobiaba el cuerpo y le hacía doler los huesos. Juan se fue con la misma modestia con la que llegó, y la misma que traía consigo en todo lo que María recordaba de él. Esa noche María agradeció especialmente a Dios y a Juan en sus oraciones.

Al quinto día, un día de rejuvenecimiento, María despertó a la misma hora terrible que solía para ir a chambear con su hijo. Sin embargo, esa mañana recuperó la esperanza perdida, imaginando que de alguna manera encontraría a Jesús, ahorraría su dinero y lo usaría todo si fuera necesario. Esa mañana saboreó el polvo amargo, y en la distancia borrosa vio salir el sol como siempre, pero por primera vez se dio cuenta de que había almas escondidas entre la calina. Esa mañana María rezó, “En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu del Campo, Amén.”

Categoría de Escritores Jóvenes | Segundo Lugar

“La de ojos de océano infinito” por Alejandra López, Woodland High School

Soneto a mi abuela

Su risa era un refugio de ternura
Sus ojos de océano infinito, dulces al mirar
Con manos que sabían siempre amar
Chaparrita, de amor y de valentía.

Casada joven y prisionera de la rutina
Siete hijos a los que supo guiar
Su vida fue un constante batallar
Siempre desafió la vida con sonrisa.

No fue a la escuela, más su gran saber
Llenó de luz a toda su vida
Lecciones que jamás podré perder.

Hoy le agradezco su amor sin medida
Su fortaleza, y su forma de ser
Su hogar, su cocina y su alma erguida.

Categoría de Escritores Jóvenes | Tercer Lugar

“La última despedida” por Scarlett Corona, Language Academy of Sacramento

Mi abuela, María Trinidad Nuño Álvarez, nació en Guadalajara, Jalisco, en 1948. Falleció el 10 de julio de 2024, y aunque ya no está con nosotros, su presencia sigue viva en mi corazón. Decidí escribir sobre ella porque fue una persona muy importante en mi vida. La abuela que siempre me cuidó, me enseñó y me hizo reír. La única abuela que conocí, y a quien siempre recordaré con amor.

Desde que tengo memoria, mi abuela fue un ejemplo de fuerza, alegría y bondad. Era simpática, saludable, trabajadora y generosa. Nunca se le borraba la sonrisa del rostro. Tenía una energía que contagiaba a todos a su alrededor. En marzo de 2023, la visité y la vi como siempre: feliz, conversadora, llena de vida. Le encantaba

jugar dominó con sus hermanas, hermanos, hijos, nietos y amigas. Muchas tardes nos sentábamos a jugar con ella mientras nos explicaba con paciencia las reglas del dominó y las barajas.

Trabajaba en la delegación municipal y hablaba con una formalidad que imponía respeto. Era muy profesional y querida por todos sus compañeros. Cuando no estaba trabajando o jugando, dedicaba su tiempo a los demás. Ayudaba a personas enfermas y rezaba rosarios por ellos. Tenía un corazón enorme.

Pero en diciembre de ese mismo año, algo cambió. Comenzó a sentirse mal, se quejaba constantemente de dolores en la espalda y ya no tenía fuerzas para levantarse de la cama. Al principio, pensamos que era algo pasajero, pero su salud fue empeorando. Mis tíos y mi papá comenzaron a visitarla con más frecuencia, preocupados por su estado.

Después de varias visitas al hospital, en enero recibimos la noticia más difícil: le diagnosticaron cáncer de páncreas. El médico fue claro, aunque doloroso: le quedaban alrededor de tres meses de vida. Fue un golpe muy duro para todos. Recuerdo ver a mi papá desvelado, preocupado, con el rostro cansado y el corazón hecho pedazos. Nadie está preparado para perder a su madre.

La enfermedad avanzó rápidamente. Mi abuela ya no podía levantarse por sí sola, y el dolor no la dejaba en paz. Mi papá comenzó a viajar más seguido a Guadalajara, queriendo pasar con ella el mayor tiempo posible. Por fortuna, al haber trabajado para el gobierno, recibió atención médica gratuita, lo que le permitió estar bien atendida.

Mi familia y yo también fuimos a visitarla. Sentí que ese viaje era muy importante, quizás el último en el que la vería. Aún con su fragilidad, se alegró muchísimo de vernos. Yo me quedaba con ella en su cama, le frotaba los pies, le daba lo que necesitaba mientras mis padres salían a buscar comida. Verla tan delgada, tan diferente, me rompía el corazón, pero también me llenaba de ternura poder estar con ella.

La última vez que la vi fue el 30 de mayo de 2024. Después de eso, regresamos a casa y nuestras tías nos mantenían informados. Nos decían que ya no hablaba, que apenas respondía. Papá volvió a viajar a Guadalajara. Antes de irse, me dijo que estaba nervioso, que no sabía cómo sentirse. Mi mamá, con esa intuición que a veces tienen las madres, le dijo: “Ve y pasa todo el tiempo que puedas con ella”.

Unos días después, mi papá nos llamó. Quiso mostrarnos cómo estaba mi abuela. Al verla, acostada, sin hablar, tan débil... no supe qué pensar. Me dolía verla así. Y entonces, el 10 de julio, cuando llegamos a casa, mi mamá nos dio la noticia: mi abuela había partido.

Fue uno de los momentos más tristes de mi vida. Me sentí vacía, confundida, abrumada por las emociones. Estallé en llanto. Mi abuela era mi única abuela, la que me vio crecer, la que me enseñó tantas cosas. Mi mamá nos explicó que murió en su cama, rodeada de su familia, mientras todos la acompañaban en su último respiro. Esa misma noche, mi mamá viajó a Guadalajara para estar con mi papá en el funeral. Yo me quedé con mi tía, pensando en ella, en todo lo que vivimos juntos.

Desde entonces, no ha habido un solo mes en que no piense en mi abuela. En su voz, en su risa, en su forma de amar.

Hoy, quiero compartir un mensaje con todos: nunca den por sentado el tiempo que tienen con sus seres queridos. Nunca sabemos cuándo será la última vez que los veremos. Abracen, llamen, estén presentes. Porque cuando ya no están, todo lo que queda son los recuerdos.

Categoría de Escritores Jóvenes | Tercer Lugar

“Mis dos lenguas” por Jenny Hernández, Encina High School

Por suerte tengo dos lenguas.
Mis lenguas danzan como olas del mar.
Una me ayuda a hablar con mis maestros en la escuela.
Me ayuda a comunicarme con mis amigos americanos.s
La otra me ayuda a hablar con mi abuelita.
Me ayuda a hablar con mi familia de México
Ser bilingüe es tener dos voces.
Solo con cerrar mis ojos puedo cambiar mi lenguaje.
Con mis dos idiomas puedo decir *book* y libro.
Puedo decir *game* y juego.
Mis leguas me dan la oportunidad de divertirme en doble.
Puedo decir *love* y amor.
Y lo más importante puedo decir *family* y familia.
Mis dos lenguas me dan dos poderes que no muchos tienen.
Me da la oportunidad de ser el doble de cosas.
Tengo la oportunidad de que mis pensamientos suenen en dos lenguajes y puedo pensar más.
Me da felicidad escuchar el ritmo de la música en dos lenguajes.
Me da gusto poder leer en dos idiomas y me hace más creativa.

Categoría de Escritores Jóvenes | Mención Honorífica

“Bella rosa en el campo muerto” por Blanca Sánchez, Woodland High School

Falsas promesas, palabras vacías
te decían al pasar por tu campo
y luego pasó al que sí le creías.
Bella flor, adonde vas, va tu brillo.

Pura te ves en este campo muerto
Tú sigues creciendo aunque te cortan
Si vas con él no estarás en desierto
bella rosa, creíste y te transportan.

Su campo es muy seco y más muerto
Te prometía y tú le creías.
Te prometía porque te irías.

Nació una flor que luego él pisó
Viste y dolió tanto lo que sentiste.
Bella rosa, escapa y no estés triste.

Categoría de Escritores Jóvenes | Mención Honorífica

“Dura y cruda realidad” por Justin Barrera, Cesar Chavez High School

Un momento que cambió mi vida fue aquel lejano junio del año pasado. Nunca pensé que vendría a los Estados Unidos de América, ni en mil y una vidas lo pude haber imaginado; fue un momento duro, por el amor de Dios, el hecho de dejar todo, mis estudios y sobre todo a una de mis madres que está en Nicaragua me dolió y me sigue hiriendo hasta el día de hoy. Creo que venir aquí a Stockton fue un golpe duro en mi vida, porque yo no soy don sociable, por lo que empezar una nueva vida y hacer amigos pensé que serían los mayores retos en mi instancia, pero nada más alejado de la realidad.

El punto de inflexión en mi vida fue cuando entré a la escuela secundaria; puedo cerrar mis ojos y darme cuenta de que la escuela en sí iba a ser el mayor reto para mí. Sin ironía alguna, pensé que las clases serían en español. Cuando entré a mi primera clase, esta me cayó como un balde de agua fría en la cabeza; el maestro hablaba mientras yo me sentía impotente de no poder hacer nada, de no entender. Llegó un momento donde yo llegué a escuchar el sonido del silencio en el aire; llegué a escuchar el borborismo de mi estómago. Y así fue toda una semana, la peor semana de mi vida de lejos. Sin embargo, no todo fue nocivo, como diría mi madre biológica: “Mírale el lado positivo a las cosas que pasan”. Esto me enseñó algo: yo debía aprender inglés, de la manera que sea, pero yo debía. Desde este momento, mi camino empezó.

Después de una semana cruda, yo tuve dos metas: graduarme y aprender inglés, pero a medida que caían las gotas de lluvia en el invierno, también caían mis esperanzas de lograr estas dos metas. Esto debido a que mis créditos eran insuficientes; por otro lado, mi inglés seguía sin mejorar. Casi todo el primer trimestre fue un infierno para mí; cada día que pasaba sentía una enorme impotencia de no poder entender nada, aunque mis compañeros me ayudaban. Cada noche era absurdamente peor; sentía como si el demonio se burlara de mí. Yo solo me iba a encerrar al baño a llorar para que nadie pudiera escucharme. Me dolía la cabeza, me dolía mi cuerpo mientras mis lágrimas caían al suelo lentamente, representando mi fragilidad; aunque físicamente me veía bien, mentalmente estaba en un precipicio, sin poder decirle a nadie lo que sentía. Y los días eran homogéneos: “hoy igual que ayer, mañana igual que hoy”, me decía a mí mismo, una rutina a la que no me había acostumbrado.

Hasta que un día, las oraciones de mis madres dieron fruto porque Dios mandó un ángel a mi vida, a una mujer. Aún recuerdo la primera vez que la vi; ella llegó a mi clase de economía, ella se presentó diciendo que de ahora en adelante ella iba a ser mi intérprete. Mi vida cambió rotundamente justo después de ese suceso; ella me ayudó con mis clases, sobre todo enseñándome a aprender inglés. Cada día, cada semana y cada mes ella practicaba conmigo inglés para que yo pudiera mejorar. Mi vida empezó a embellecerse con un azul combinado con un dorado colorido y esperanzador; mi vida era feliz, no más llanto, no más sufrimiento. Seguido de ello, mi consejero me notificó algo: que yo sí tenía los créditos necesarios para poder graduarme. Yo quise pegar un grito al cielo; mi corazón no dejaba de latir. Mis madres lloraron de felicidad; sé que Dios trabajó mucho en esto.

Debo decir que mis buenas notas vienen de una persona, una mujer, mi maestra de historia. Fue la primera en que creyó en mí, me ayudó con muchas cosas, con mis créditos, con apoyo hacia mis clases, con todo. Estoy muy agradecido con ella porque sé que ella estuvo también en este duro proceso. Y cómo no, un enorme agradecimiento a mi profesora de escritura por haberme ayudado con recursos para completar esta humilde memoria. Ella me ayudó a descubrir que me encanta escribir, por eso le tengo una considerable estima.

Este segundo semestre de la escuela secundaria ha sido el mejor de mi vida; gracias a Dios y a mi intérprete, mi manera de hablar inglés cambió rotundamente. Todavía no parece real; me siento bien hablando inglés. Muchas personas se asustan de que aprendí inglés en un corto tiempo, y eso me hace sentir orgulloso.

Comenzó a hacerse realidad cuando obtuve el sello de alfabetización bilingüe. ¿Cómo es posible que en tan poco tiempo lo haya conseguido? Bueno, eso refleja mi compromiso con mis estudios. Haber conseguido el sello de alfabetización bilingüe me hace sentir emocionado, con mariposas en el estómago, nervioso y con ganas de salir corriendo para decir “hasta dónde hemos llegado, padre”. No tengo palabras en mi boca cuando quiero hablar de todas esas personas que me han ayudado, pero estoy completamente agradecido con ellos.

Y hasta aquí llegó el náhuatl; hoy mi vida luce como un cielo lleno de estrellas, con la serenidad de la noche y con un aroma a gallo pinto. Sé que estoy destinado a cosas excepcionales; cada día espero en Dios lograr mis nuevas metas.

Que nos falte todo, menos la presencia de Dios.

Categoría de Escritores Jóvenes | Mención Honorífica

“Ojos como los tuyos” por Luna Erazo, Winston Churchill Middle School

Cada que miro en tus ojos, siento mi corazón retumbar en mis oídos, desbordado de emoción.

Siento una oleada de sentimientos que, hasta este día, no logro explicar. Percibo una dicha incalculable cada vez que estás a mi lado, pero la tristeza me invade al pensar que algún día tendré que seguir mi camino sin ti.

¿Será posible que algún día tenga que decirte adiós para siempre?

¿Podría llegar el día en que esté disfrutando de tu compañía y, al siguiente, no pueda verte, excepto en las fotos y memorias que compartimos?

La idea me hace estremecer.

Esa realidad me hace apreciar más tus sacrificios y valorar los momentos contigo.

Probablemente no siempre te sientas querido o apreciado.

Por eso escribo estas palabras: para reconocer y honrar al que más he querido, mi papá.

Categoría de Escritores Jóvenes | Mención Honorífica

“Salida del abismo” por Ailith Hernández, Center High School

Al verlas reír, se fue. Buscó un lugar callado, quería alejarse de ellas tanto como pudiera. Ya no podía mirarlas ni un segundo más, o se rompería un poco más.

Era la hora del almuerzo, y su amiga, bueno, la niña quien creía ser su mejor amiga, Iris, la había dejado para juntarse con otras. No debió de haber terminado así. Su amistad había crecido porque ella la entendía. Ellas no eran parte de la sociedad en esa escuela, ni de ninguna otra. Eran diferentes. O usando el término correcto, eran las excluidas. Pero ya no le dolía. Con el tiempo, aprendió a aceptar que era distinta. Para algunos, demasiado extraña. Para otros, demasiado callada.

Todo había comenzado desde su niñez. Anteriormente, nunca había tenido problemas para ser incluida en un grupo, la cuestión era que cada amistad terminaba de la misma forma. La veían sola, sentada en el columpio, y la invitaban a jugar. Aunque fuera lo que fuera, siempre se emocionaba con la idea de reír, imaginar, y jugar con otros. Imaginaba correr hasta que le dolieran las plantas de los pies, o aventarse desde lo más alto de una resbaladilla. Pero, por desgracia, su imaginación siempre arruinaba todo lo bueno que le caía por encima. En vez de simplemente correr, ella quería imaginar que corría de extraterrestres azules. En vez de un juego común, ella siempre quería crear historias. Por cosas como estas, siempre la terminaban rechazando.

Fue aprendiendo los pasos. Ella decía algo fuera de lo común, ellos se miraban entre sí, luego la miraban como si fuera una extraña salida del abismo, y se iban. Al principio, ella lloraba y se odiaba. Odiaba la forma en la que era, en la forma que ella pensaba. Siempre se decía a ella misma “¿Por qué no puedo ser como ellos?”. Pero al final de la primaria, ya se había acostumbrado. Dado a que estas ocasiones ya habían disminuido, porque la noticia de su rareza se esparcía por toda la escuela instantáneamente. Al final, nadie puede rechazarte si nunca fuiste incluida desde el principio.

En la secundaria, ella quiso cambiar, pero no sabía cuál era el primer paso. Se cortó el cabello con las tijeras de la cocina, y se arrepintió después. Su mamá la castigó ese día, y ella, al enfrentarse al espejo, se decepcionó con su reflejo. En todo lo que veía, desde su ropa hasta sus facciones, solo veía alguien que no podía aceptar. Todo el tiempo ella pensaba que su rareza vivía solo dentro de ella, oculta de la vista de los demás, pero ahora también se vería por fuera. Ese fue el día que rompió todos sus espejos.

Pasaron los días, y empezó a notar cómo se vestían los demás. En especial, había un estilo que le gustaba mucho, así que cuando llegó a casa, le suplicó a su mamá que la llevara de compras. Ese día saltaba de la emoción. Creía que al fin sería alguien diferente... o al menos, alguien visible.

Pero al día siguiente, nadie notó nada. Ni su ropa nueva ni su esfuerzo. No notaron su presencia. No se fijaron en ella. Lloró. Pensó que finalmente podía dejar su distinción en el pasado y ser notada un poco más, pero ella se había equivocado. Pasaban días donde nadie le dirigía la palabra. Como en la primaria. Se acostumbró. Y los pocos que si la notaban, la etiquetaron como “la callada”.

El tiempo pasó muy rápido durante la secundaria hasta el tercer año. En el octavo grado fue cuando la vio a ella. Ella se llamaba Iris. Ella estaba sentada en un rincón, sola, y se acercó a ella. Rápidamente conectaron. Ella la entendía e Iris a ella, no ocupaban decir mucho para entenderse. Con el tiempo, Iris le contó sobre su pasado. También había sido excluida por su silencio. Nunca en su vida se había sentido tan comprendida.

Aunque tenían diferentes razones por su desigualdad a los demás, las dos eran iguales, terminaban excluidas. Después de eso hablaron, sobre todo, del pasado y del presente. Pero con el tiempo empezó a temer perder a Iris, se sentía nerviosa cada vez que estaba con ella. Porque nunca sabía cuándo Iris se hartaría de ella y la dejaría como todos los demás. Y con toda razón eso sucedió.

Fue un día en el almuerzo, Iris no había aparecido donde las dos solían reunirse, enfrente de la clase que ambas odiaban, matemáticas. Iris estaba con las otras y ella ahí parada como una bastarda con las Sabritas en la mano que le había pedido Iris el día anterior.

Aquí fue donde se derrumbó, con una lágrima en el ojo se dio la vuelta, miró al piso y solamente aceptó. Así sería su vida, rechazo detrás de rechazo, ella se rindió, se sentía como la niña sentada en el columpio, como la niña frente al espejo, como la niña esperando a Iris, como nada.

Pregunta: ¿Un día será suficiente, será como las demás? ¿Ordinaria, común, normal?

Respuesta: Nunca lo será.

Categoría de Escritores Jóvenes | Mención Honorífica

“Perdiendo a mi mejor amigo” por Anahí Gómez, Language Academy of Sacramento

Cuando llegaba a casa, él siempre estaba. Nunca aprecié cuánto me amaba y esperaba por mí horas y horas. Ni siquiera un pequeño saludo le daba. Era como si él no existiera cuando estaba exhausta. Pero a él no le importaba. Él esperaba. Esperaba que yo estuviera de buen humor, o cuando yo necesitaba un poco de su alegría. Cuando mi energía estaba baja - él estaba.

Nunca le pude dar un saludo apropiado, ya que sabía que siempre él estaría ahí, pues él era mi mejor amigo de todo el mundo. Pero nunca quise aceptar que algún día lo perdería, siempre esperé encontrarlo al abrir la puerta de mi casa. Pero eventualmente perderás a los que más amas. Y para mí sucedió demasiado pronto.

En diciembre de 2022 mi familia y yo nos mudamos a nuestra nueva casa. El cambio era significativo, habíamos vivido en nuestra pequeña trilla prácticamente toda mi vida. Mi mejor amigo, Manchas, había crecido en esa casa conmigo. Ese era su hogar y también era el mío. Pero de repente nos cambiábamos a una nueva casa, un nuevo comienzo.

—¿Qué te parece Manchas? Este es nuestro nuevo hogar —miré abajo, hacia Manchas esperando una respuesta como si él pudiera hablar.

Aunque los perros no pueden hablar o expresar sus sentimientos con su rostro, yo pude haber prometido que su expresión era muy diferente, no era la misma. De alguna manera su rostro se veía triste de que este fuera nuestro nuevo hogar, como si ningún otro lugar jamás podría reemplazar nuestra pequeña trilla. Al darse cuenta que esta iba a ser nuestra por el resto de su vida, no le agrado la idea. A pesar de ese día, buscaba cada oportunidad para escaparse, pero cuando no intentaba escapar siempre estaba alegre cuando me veía llegar a casa después de la escuela. Al escapar, siempre regresaba eventualmente al darse cuenta que no podría encontrar el camino a nuestra vieja casa. Pero un día simplemente no regresó, no había un Manchas alegre al llegar a casa, no se encontraba mi mejor amigo por ningún lugar. Pasaron dos días sin un vistazo de Manchas, yo no me preocupé porque sabía que regresaría, siempre regresaba. Tenía que.

Al tercer día de no aparecer, me preocupé en serio. Era diciembre y el clima de Sacramento era impredecible - un día llovía, otro día estaba helado afuera. Pero en particular ese tercer día sentí un mal presentimiento.

—Ma, en serio ¿crees que Manchas regrese?, ¿qué tal si le sucedió algo? —lágrimas salían de mis ojos. Por nada en el mundo deseaba que algo malo le sucediera a mi mejor amigo.

—Por supuesto. Manchas siempre regresa. Además, todavía no hemos revisado las perreras, estoy más que segura que se encuentra en alguno —. Las palabras de mi mamá eran muy diferentes a su rostro. Mientras sus palabras no mostraban preocupación, su rostro estaba lleno de inquietud. Cada día revisaba los sitios web de cada perrera en Sacramento, pero no tenía ninguna suerte. Manchas simplemente no aparecía, hasta que un día mi mamá recibió una llamada, era mi tía.

—Creo que encontré a Manchas —escuché desde la otra línea del teléfono.

Brinqué del sofá al piso esperando a que mi mamá dijera algo. Al colgar el teléfono, giró su cara hacia mí, su expresión mostrando felicidad. Por fin, Manchas había sido encontrado. Esa noche se sentía diferente, las estrellas me sonríen y el cielo se veía mucho más alegre que otros días. Al día siguiente, visitamos la perrera y

justo como mi tía había dicho, Manchas estaba ahí. Al verme, su rostro pequeño se alumbró. Ese día firmamos todo el papeleo y regresamos a casa.

Pasaron meses, y todo seguía normal. Desde ese día, Manchas no intentaba escaparse. Lo que más le encantaba era correr en su nuevo patio, disfrutando la brisa del viento mientras jugábamos con él. Un día llegué a casa exhausta y tomé una siesta larga. Al despertar, los rostros de mis padres eran diferentes, sabía que algo había pasado.

—¿Qué pasó Ma? —pregunté aun medio dormida.

Mis papás me contaron todo ese día. Me contaron como la reja de mi casa se había quedado abierta y en eso Manchas se escapó, hasta ese momento pensé que Manchas de nuevo se había escapado pero lo que mis padres me dijeron fue lo opuesto a lo que esperaba.

Salí por la puerta trasera, y ahí lo vi, ahí estaba el cuerpo de mi mejor amigo, no ladraba o corría, simplemente tomaba sus últimos alientos. Y ahí me quedé sentada al lado de él en sus últimos momentos. Lo habían atropellado y no podíamos hacer nada, sino esperar. Lágrimas salían de mis ojos y me di cuenta que él siempre había estado para mí, en mis malos y buenos momentos, pero yo no. Siempre pensé que mi mejor amigo nunca se iría de mi lado, como él siempre me daba toda su atención yo no aprecié cuanto me amaba y cuanto yo lo amaba hasta que lo perdí.

Ese día fue uno de los peores momentos de mi vida, pero me ayudó a aprender que jamás debería menospreciar el tiempo de nadie, fuera mi familia o mi mejor amigo, Manchas. A quien por siempre estaré agradecida por tener a mi lado 13 años de mi vida.

Categoría de Escritores Jóvenes | Mención Honorífica

“El perro con un plan” por Lucy Velastegui, Bella Vista High School

Esta no es mi casa. Yo pienso cuando mi dueño abre la puerta de la casa.

- “¡Esta es nuestra casa ahora!” ella dice con una gran sonrisa.

Hoy es muy confuso. Mis patas están frías en el piso, esta casa no tiene alfombra como mi casa anterior. Yo corro alrededor de la casa y encuentro un lugar para sentarme. Me siento enfrente de una ventana muy grande, y yo paro inmediatamente cuando veo la más hermosa gata que yo he visto en mi vida de cinco años. Ella tiene pelo negro, y sus ojos son un verde profundo. Me levanto, pero cuando la gata me ve, ¡ella huye muy rápido! Necesito ver esa gata otra vez.

Empiezo a ladrar muy fuerte. Mi dueño dice “¡Wyatt para! ¡Tenemos vecinos!” pero, yo no paro. Yo ladro hasta que mi dueño abre la puerta. En un instante, yo corro hacia el gato. Cuando me acerco a la gata, ella se queda congelada en su lugar. Su cuello dice “Pepper”.

- Hola, me llamo Wyatt. Yo no quiero asustarte- yo digo con cuidado.

- “Hola, yo soy Pepper” ella dice.-Yo odio a los perros, por favor ¡sal de aquí!”- ella grita antes de correr otra vez.

Decepcionado, yo vuelvo a mi casa nueva. En el camino, pienso en maneras de ganarme la confianza de Pepper. Cuando entro la casa, ya tengo un plan perfecto. Inmediatamente, yo agarro una bufanda de mi dueño con mi boca y salgo de la casa rápidamente. Con buena suerte,

la gata está muy cerca al lugar donde la vio antes. Ella está acurrucada debajo de una rama de un árbol.

-¿Que deseas?- ella dice nerviosa.

-Yo estoy aquí para disculparme por lo de antes. Lo siento por asustarte, y yo traigo un regalo para ti!- le digo con entusiasmo, mientras que acomodo la bufanda alrededor de Pepper

- Estaba equivocada. ¡Tú eres muy simpática! Lo siento por mi comportamiento antes, yo pensé que todos los perros son iguales pero ¡eres genial! Quieres sentar conmigo?-Pepper pregunta.

- Sí, ¡me gustaría eso!- yo no puedo esconder mi entusiasmo.

Nos sentamos juntos y vivimos felices para siempre. Todo fue genial, hasta que oí...

- ¡Wyatt! ¿Dónde está mi bufanda?

El fin

Categoría de Escritores Adultos | Primer Lugar

“Carta a papá” por Jaime Rocha

«Si eres un hombre sin historia, serás un hombre sin futuro.
Si reniegas de tus padres, ¿qué esperarás de tus hijos?»
~Sabine Ulibarri

Querido papá:

Recientemente te pedí que me contaras tu historia para yo escribirla por ti ahora que tu vista se ha debilitado con el cansancio de tus ochenta y siete años. «Mi vida no ha sido bonita», dijiste. «Mejor nada más te la cuento, pero no la escribas». Mientras espero a que tú me compartas tu historia, hoy yo quiero contar mi historia contigo. Ante todo, recuerda que te amo mucho, papá.

¿Sabes? Tú fuiste mi persona favorita en mi niñez. Mis primeros recuerdos contigo los atesoro cariñosamente. En ellos, tengo tres años y te veo grande, fuerte. Tú me tomas con tus brazos enormes, me levantas, me arrojas al aire jugando y me sostienes para no caer. Me dices que me quieres y yo te beso en la mejilla. Inmediatamente me rasco la cara porque tu barba me pica. Ríes contento y haces lo mismo con mis hermanos Jesús y Elena. Quizá también con David, pero no con Isabel y Sara porque son señoritas adolescentes ya. Uno a uno te damos un beso y todos reaccionamos igual. Alguien dice «¡Pica como un chayote!». Todos decimos que sí, riendo, y nos ponemos en fila para sentir tu barba nuevamente. Yo soy el pequeño -«el consentido», dirán mis hermanos- y estoy al frente, lleno de felicidad, jugando contigo y mis hermanos. Un día, sin embargo, este juego paró abruptamente. No hubo más besos ni abrazos.

Me pregunto por qué dejaste de hacerlo. ¿En qué momento sucedió? ¿Por qué nunca más dijiste que nos querías? ¿Pensaste acaso que ya no necesitábamos oírlo por ser hombrecitos? Yo sí extrañé tus besos y tus abrazos por años. La vida no ha sido justa y nos separó prácticamente desde mi nacimiento, pues tu incesante migración como campesino indocumentado entre México y Estados Unidos empezó el año en que nací. Yo viví solamente unos meses contigo, y no fue sino hasta que cumplí diecisiete años que nos reencontramos en California. Para entonces, tú y yo éramos dos extraños. Y me tomaría años sentirme nuevamente querido por ti.

Papá, yo soy un hombre sensible. Lo he sido desde pequeño. Recuerdo, por ejemplo, esa vez que tú no regresaste a México, pero tu hermano sí. Yo tenía cinco años y pensé que tú eras él, pero mi tío Nacho me sacó del error. «Tu papá no vino. Se quedó en el Norte. Te mandó este carrito», me dijo. Yo recorrí llorando las dos cuadras que separaban nuestras casas. Lloraba porque tú no volviste. Abrazaba ese carrito rojo que me enviaste, pero yo habría preferido abrazarte a ti, papá. Y así pasarían tres años antes de que volvieras. ¿Nos extrañaste? ¿Pensabas en nosotros también? A tu regreso, el Maestro Gonzalo te contrató para pintar la escuela primaria del pueblo. ¡Yo me sentía tan orgulloso de ti! Habías vuelto. Estabas allí. Podía verte y platicar contigo a la salida de clases. Meses después te fuiste nuevamente. No era fácil alimentar siete bocas, y esta vez mi hermano David y mi primo Arturo se fueron contigo. Sin tíos ni primos ni hermanos mayores presentes, mi adolescencia fue un caos interno en un pueblo de mujeres, ancianos y niños. De no ser por los maestros y sacerdotes no habría tenido ningún modelo masculino a seguir, pues todos los hombres estaban en Estados Unidos. Fue en esta lejanía que te idealicé, papá. En mi mente, tú eras el padre perfecto. Y lo fuiste por años. Así lo expresé en la

carta que te escribí en la prepa como un ejercicio de redacción. Nos pidieron que le escribiéramos a un pariente al concluir el seminario sobre la familia. Yo te escogí a ti y volqué en ella todo mi cariño no expresado. Todavía ahora, treinta y cinco años después, esa carta es tema de conversación entre mis compañeros. Así de mucho necesité tu ejemplo, tu guía y tu protección, papá.

Al terminar la prepa, mi madre y yo nos mudamos también a California, y esto significó un acercamiento contigo. Sin embargo, fue uno fallido. Chocábamos constantemente. Yo deseaba continuar estudiando y tú que trabajara en el campo como toda la familia. Irritado, una vez me dijiste que tenía manos de señorita y debería hacerme hombre trabajando como los demás. «¿Verdad que no es lo mismo agarrar una pala que un pinche lapicito?», dijiste cuando se me hicieron ampollas en las manos. Por años, tus palabras me hicieron muchísimo daño. Contaba esto y lloraba. Así pasó una vez en una reunión de padres de familia cuando cursaba la maestría en Stanford. Yo sé, papá, que todo está perdonado. Tuvimos esta conversación hace casi ocho años, cuando fui a México a pasar contigo tu cumpleaños número ochenta. Hablamos sinceramente y te pedí lo que mi niño interior necesitaba entonces: «¿Puedes abrazarme, decirme que me quieres y que estás orgulloso de mí?». Lo hiciste, y la herida empezó a no doler más.

Papá, quiero también ofrecerte una disculpa porque yo tampoco supe ponerme en tu lugar. Tu vida no fue fácil y mi idealización por ti no ayudó. Trabajas desde que tienes siete años, sólo terminaste segundo año de primaria y el soñar siquiera con una vida diferente te es inconcebible. Ahora entiendo que tu niño interior quedó también truncado, mutilado, víctima del abandono en tu niñez. Lo siento, papá. Prometo ayudarte a encontrarlo, protegerlo y abrazarlo en esta segunda oportunidad que la vida nos ha regalado desde que cuidó de ti con la muerte de mamá. Gracias por ser el padre que yo necesitaba tener. ¿Sabes? Yo también estoy muy orgulloso de ti, de nosotros. Es por ti que soy un padre cariñoso con mis hijos, pues deseo ser en su vida el padre que deseé fueras tú en mi adolescencia.

Te abraza,
Tu hijo que te quiere y admira mucho.

Categoría de Escritores Adultos | Segundo Lugar

“Historia de año nuevo” por Carol Obando-León

Tres, dos, uno. Entro en consciencia en mi cama, pero me es difícil despertar. —“Hoy por fin es el último día de esta semana”—. De esta semana que año tras año abre la puerta a recuerdos que llevo como tatuajes en mi alma. Finalmente abro los ojos, —¿qué hora es? Alcanzo el teléfono —“diez y veintidós, es más tarde de lo que pensé”—, no importa, necesito estar despierta hasta medianoche.

Abro los ojos y busco el reloj despertador, “¡es casi mediodía!” No me he ni levantado y ya me invade la emoción: hoy será un día especial, lo pasaré con mi familia en la casa de mis abuelitos. “¿Llegarán todos mis primos?, ¿qué jugaremos?, ¿qué habrá para comer?” Me levanto y voy directo a la cocina a servirme mi cereal favorito, me siento en el sillón frente al televisor y comienzo a pasar canales, —“¡ah mirá!”—, la celebración ya empezó en otros países, —“¡qué bonito, ya quiero que sea de noche!”

Como la luz que poco a poco va entrando en la casa mientras abro las cortinas, así se va avivando mi corazón en esta fría mañana de diciembre. En la cocina me espera el quehacer, entre el café recién chorreado, el pan fresco y el tradicional gallo pinto, el olor a desayuno envuelve mi hogar. Sin pensarlo mucho empiezo a organizar el

día, sabiendo que debo sumar dos horas al reloj para recordar a los que dejé allá, a quienes en mi niñez eran mi mundo. Un mundo que a pesar de sus carencias parecía girar tranquilo y sin prisa.

“¡Qué tarde más lenta y aburrida!”, pienso mientras espero que mis papás regresen del trabajo y que mi hermano salga del baño para poder ducharme. “¿Iremos a hacer algo antes de ir donde Abuelita? Quisiera ir a la feria que está cerca de mi casa para que este rato no sea tan tedioso, de fijo vería a algunos de mis amigos.”

Se pasan presurosas las horas en labores de la casa, esas que no se toman ni un día libre al año. Finalmente decido qué preparar para cenar, será algo típico y sencillo, unas empanadas de queso y frijol, plátano maduro y los infaltables gallitos de salchichón con repollo. Será un inigualable sabor a hogar estando tan lejos. Preparo la masa, somos tres y serán unas cuatro por cabeza, “¡qué montón!”

Pues no hubo salida a la feria, tuve que ayudar a mi mamá en oficios de la casa, pero bueno, finalmente llegó la hora de salir. La casa de mis abuelos no queda muy lejos, son como veinte minutos en automóvil, espero que ya hayan llegado mis tíos y primos.

¡Qué curiosas las asociaciones que hace la mente! El salchichón me hizo recordar esas noches donde mi abuelita, cuando entre mis tíos armaban una parrilla improvisada en un diminuto espacio cubierto de tierra y maleza al que llamábamos jardín. Su casa se ubicaba en los barrios al sur de la capital, en donde las pequeñas viviendas no eran agradables a los ojos; estaban como amontonadas y olía a pobreza. Mis abuelos vivían en un lugar humilde, las paredes hechas de tablas de madera -con muchas de ellas ya caídas, podridas y perdidas-, estaban cubiertas por cartulinas color rosa para evitar que los gélidos alisios de la época enfriaran todo a su paso. Dos minúsculos dormitorios y la sala daban cama y techo a nueve personas y un perro; la paciencia era requisito para usar el único baño que había y para comer era mejor buscar lugar en donde se pudiera, o esperar turno, porque las sillas del comedor no eran suficientes. Cuando la mayor parte de la familia se hacía presente, podíamos ser casi treinta y mi abuelita se aseguraba que todos saliéramos satisfechos.

“¡Juguemos escondite!, ¡no! ¡Yo quiero hacer carreras!, ¡no! ¡Juguemos fútbol!” Con tantos primos es casi misión imposible decidir qué hacer primero. Entre la carne asada, el salchichón, las tortillas, la música, las risas y los juegos, el tiempo pasa volando. Como es costumbre, la radio acompaña cada hogar durante toda la noche, especialmente cerca de las doce. La famosa canción “Yo no olvido al año viejo” es el himno del día, suena por lo menos tres veces cada hora. Al acercarse el momento del cambio de año, nos llaman para entrar en la casa y acomodarnos en la pequeña y modesta sala. Le suben el volumen al radio, el locutor con su voz grave, serena y melancólica hace un recuento de historias; lo que hayamos vivido se convertirá pronto en pasado y se encomendará el futuro al de arriba. La cuenta regresiva empieza cuando faltan cinco minutos. Nos vamos acercando hasta estar tan juntos que solo cabe el aire, las palabras se van silenciando mientras las lágrimas empapan las mejillas de los más grandes. No entiendo por qué, si todo debería ser alegría. Los últimos treinta segundos, nos abrazamos más, quienes podemos contamos: “¡tres, dos, uno!”

Después de haber terminado de comer y dejar todo limpio, solo queda esperar y dejar que pasen las últimas horas. Gracias al internet, escuchamos una emisora de allá. Los recuerdos empiezan a doler. El locutor con su voz amigable, tranquila y nostálgica empieza la cuenta regresiva cuando faltan cinco minutos. La radio se llena de saludos, risas, historias y la misma canción de Tony Camargo que ha sonado toda la vida. Ahora soy yo la que está grande y son mis lágrimas las que empiezan a caer, ya entiendo por qué. Me acompañan dos pares de brazos más. Faltan treinta segundos. La cuenta regresiva me consume, cierro mis ojos mientras veo pasar miles de imágenes como fotos en un álbum; pienso en quienes aún están y en quienes ya se han ido, a quienes perdimos este año y a quienes hemos recibido. Regreso a esa humilde sala donde mis abuelitos, cuando estábamos todos juntos. Puedo verles, puedo verme. Abro mis ojos empapados de memorias, me abrazo a mí misma: tres, dos, uno.

Categoría de Escritores Adultos | Tercer Lugar

“¡Tuve miedo de perderte, y al final, yo te perdí!” por Xelaynhe Xelezte Mecías Cortéz

Te perdí yo tantas veces,
muchas otras no te tuve;
te perdí, estando presente
y en mi mente te mantuve,
con preguntas sin respuestas
y mil lágrimas brotando
de mis ojos que al verte,
pretendían, el dolor, disimularlo.

Te perdí yo tantas veces,
muchas otras no te tuve;
te perdí por distraído,
te perdí por el alcohol;
sin embargo, siempre estuve
con mi amor por ti intacto,
esperando tu regreso,
mientras tanto iba sanando.

Te perdí yo tantas veces,
aunque no quería perderte,
añoraba tu atención,
pero no lograbas verme;
mi tristeza era tan honda
que mi alma se nublaba,
cada vez que te veía,
sin poder decirte nada.

Te perdí yo tantas veces,
que vivía desconsolada,
por dentro muy hecha trizas,
calmando aquello que ahogaba
de sentimiento mi vida
porque nunca tu estabas,
aún estando allí presente,
pareciendo todo y nada.

Te perdí yo tantas veces,
otras muchas no te tuve,
y en momentos de vacío
quise llenarme de ti,
pero el tiempo y la distancia
habían hecho ya lo suyo,
con agigantados pasos,
me alejaron mucho de ti.

Y yo seguía avanzando
al ritmo que va la vida,
aprendiendo, mejorando,
entendiendo mi camino,
enfrentando a mis demonios,
superando desafíos,
despertando a nuevos sueños,
alimentando mi espíritu,
bailando con mis desvelos
al son que marcaba el brío.

Y así sin yo darme cuenta
un día llegó el perdón,
me perdoné a mí misma
y perdoné al que no eras,
porque siempre tuve claro
que eras un alma buena,
solo un poco confundida
por sus batallas internas.

Renací como ave fénix,
volviendo así con más fuerzas;
tú me pediste perdón,
yo a ti te había perdonado,
hace ya un montón de tiempo,
las heridas habían sanado...
Te dije: “quédate tranquilo”,
que Dios bendice este encuentro
para volver empezar
y reescribir nuestro cuento.

¡Y vaya cuento el escrito!
por ti y por mi desde entonces;
charlamos miles de cosas
con armonía, sin reproches,
compartimos las vivencias,
nos fuimos reconociendo,
reímos hasta llorar,
aprovechamos el tiempo.

En nuestro cuento bonito,
hacíamos payasadas,
filosofábamos mucho,
escribimos poesías,
intercambiábamos libros
y el saber de nuestras vidas.

Tú me decías - mi niña-
y yo a ti -viejo querido-.
Era tanta mi emoción

de haberte recuperado,
que quería aprovechar
cada segundo a tu lado.

Y todo ese amor gigante
por fin yo pude expresarlo;
te escribía, me escribías,
ya no estabas más ausente,
y ese miedo de perderte
por fin desapareció.

¡Te tenía finalmente!
ahora estabas muy presente...
¡Tú sentías tanto orgullo,
de aquello que yo lograba!
y cuando más disfrutaba
de ese amor que tú me dabas,
de ser tan buenos amigos,
y de entendernos muy bien,
una trepa del destino,
llegó a manchar nuestro cuento,
y una ingrata enfermedad
vino a arrancarte de mí...

¡Tuve miedo de perderte, y al final, yo te perdí!

Categoría de Escritores Adultos | Mención Honorífica

“Aquello que atesoras” por Emyly Cabrera Alba

Olía a incienso puro, aquel que te recuerda a la primera vez que percibiste ese olor distintivo. Pero este en particular era difícil de decodificar, era una mezcla incipiente de canela y hule quemado, hasta por un momento descarté la posibilidad de que fuese incienso. Seguí por el pasillo, lleno de charcos, y me encontré con una señora cuya mirada apuntaba fijamente a una esquina, y que no cambió la dirección de su vista cuando yo, muy indecisa y esquiva, entré a su territorio, a su campo visual, a su olor indescifrable. Le tomó unos veinte segundos notar mi endeble presencia, observó mis manos y analizó sus grietas, luego pasó a analizar mi mirada, notando los pliegues de mis párpados y su clara asimetría. Miró los detalles más relevantes, mis inseguridades físicas y las emocionales también. Con sus escuetos dedos, me indicó que me acercara. No lo hizo con frivolidad, sino con una empatía absoluta, con el afán de desanudar aquello que me mantenía aturdida, inquieta.

—Dime, ¿estás realmente perdida?

Mi mirada se concentró no en su rostro, pero en un dije azulino que traía colgado en uno de sus múltiples collares, exhalé sin darme cuenta de que había aguantado la respiración hasta este punto. Respondí con una voz que yo misma no reconocí:

—Solo me desvié, debería poder llegar a la plaza sin problemas.

—¿La plaza que fue cerrada por las protestas?

Titubeé y solo atiné a negar con la cabeza. La señora pareció pasar por alto mi inquietud y prosiguió:

—Cuando veas un arco de piedra, gira a la izquierda. No sentirás las arengas, ni menos las pisadas tumultuosas. Esos tres lunares en tu muñeca, muéstralos y debería ser más que suficiente.

Intenté recapitular todos los pasos que me llevaron a este instante, a este limbo, a este sinsentido tan familiar y al mismo tiempo, ajeno. Lentamente me dirigí al final del pasillo sin mirar atrás ni a los costados, y entendí que aquella señora ya había dado indicaciones a cada una de mis extremidades, de las cuales yo no tenía control alguno.

Arco de piedra, pasos raudos, tres lunares.

Apenas di vuelta a la izquierda, elocuentes y distintivos sonidos aparecieron de forma gradual. Pancartas se extendían a lo largo de la pileta y un grupo de manifestantes exigían acceso al agua y los servicios básicos. Observé y reconocí frustración en sus miradas. Un cansancio abrumador me invadió, y me apoyé en una de las columnas de piedra que rodeaban la plaza. Aún apoyada en la columna, miré a mi alrededor y noté que no había tantos cambios, era tal cual la recordaba. La plaza tenía los mismos encantos, las mismas características, los mismos reclamos.

Estudiantes pasaron por mi costado, entonando una melodía en quechua. Noté el año en sus sombreros de ala ancha, 1997, dos años antes de que naciera, 12 años después de que mi madre se mudara a la capital.

Mis pies al fin respondieron y empecé a recorrer la plaza. Muñeca al aire y sin parpadear. Crucé miradas con un señor cabizbajo, de ojos gentiles y con una aparente disposición a ayudarme en esta situación. O en esta irrealidad fugaz.

Un detalle memorable se asomó, llevaba un pañuelo azul en su impecable traje de vestir. Miró mis tres lunares y asintió. Recién en ese momento, pude escuchar mi respiración, agitada y entrecortada a la vez. Con el miedo disipándose, mi voz reveló aquello que previamente, pude contener, pude apaciguar:

—Estoy perdida, realmente perdida.

Dejó el periódico a un lado, me dijo que mirara con mucha atención y señaló una calle angosta, la cual reconocí de inmediato.

—Enfócate en aquello que conoces, que atesoras—murmuró en quechua—Será la única forma de regresar.

No salía de mi estupor. Atesorar. No apreciar, ni valorar. Una palabra que habré usado un limitado número de veces, y que, en ese momento exacto, intenté reinterpretar sin éxito. Sabor de fresa por favor. Solo barquillo. Gracias ma.

Observando cuidadosamente en dirección a la calle, un letrero con letras cursivas se asomó, una heladería, la cual había visitado innumerables veces con mi madre.

En un santiamén, llegué a la entrada y sin pensarlo dos veces, abrí la puerta.

Pese a todo el tumulto de emociones, decidí esperar y cuando estuve a punto de hablar con la

encargada, sentí un pequeño roce en el hombro izquierdo.

—Hija, ¿qué tal estuvo la vuelta? —la voz indiscutible y risueña—Disculpa que me haya quedado con tu tía, prefería darte un espacio, además...

A pesar de la incertidumbre, de la adrenalina, del sinfín de voces dentro de la heladería, aquella voz se aisló de todas las demás. Abrazando prolongadamente a mi madre, noté su asombro y su inmediata preocupación.

—¿Todo bien? Mira, la fila ya está más corta—señaló con dificultad frente al indescifrable abrazo— Lo de siempre, ¿verdad?

Agradecí estar ahí, en un lugar tan familiar para mí, sintiendo el crujir del piso de eucalipto, sus grietas y sus historias cuidadosamente entretejidas.

Respiré hondo, miré a mi madre y asentí con una seguridad inmaculada, la cual minutos atrás no hubiera podido ni concebir. Mientras recibía el barquillo, me percaté de una bitácora color verde que se asomaba en su brazo.

Intenté enfocarme en lo que ocurrió, en el enredo verbal que iba a contarle, pero me era imposible pasar por alto aquella bitácora. Mi madre percibió mi mirada, mis ojos clavados en aquel objeto desconocido.

—Oh, tienes que ver esto. Fui a la casa y recuperé un álbum familiar.

A modo de recopilación vívida, las fotos tenían notas al pie, comentarios, dibujos. Mi madre lo sostuvo cuidadosamente, como un objeto que tanto había atesorado, y empezó a pasar las páginas lentamente.

Dije azulino. Pañuelo azul. Abuelos.

Le pedí que parara en aquella página y contemplé esa foto inédita, esa descripción física que solo había escuchado en historias. Parecía un vistazo fresco en mi memoria, más que un momento capturado décadas atrás.

Mi deseo de haberlos conocido se disipó, los sentí más cerca que nunca.

Categoría de Escritores Adultos | Mención Honorífica

“8 de noviembre” por Elizabeth Suárez

Esa noche soñó que estaba en Irlanda, bailando a la orilla de la playa. ¡Oh! Volví a Irlanda, pero en otra parte del sueño, Ely entró a una cabaña buscando su *laptop*. No la encontró. Tuvo un sentimiento de pérdida. Despertó con la alarma de las seis de la mañana y vio, con alivio, su *laptop* descansando en el escritorio.

Iba a ir a visitar a Steve (el papá de su novio Kevin); pero el sueño de Irlanda le había despertado algo: quería escribir. Ni siquiera la detuvo que se fue la luz, se puso a escribir a mano hojas interminables. Kevin se había ido a trabajar a Sacramento, pero volvía mañana. Curiosamente, a Steve no le gustaban mucho los mexicanos, pero con Ely había creado un vínculo en los últimos

meses de su visita.

Hacia viento ese día. Mientras Ely llenaba su diario, miraba los árboles moverse de lado a lado por la ventana. Abrió la puerta que daba al patio y percibió un olor como a madera quemada, cómo le molestaba a Kevin que la gente de Paradise quemara leña. Ese día Ely no pudo escuchar las noticias, se preguntaba qué pasaría con la caravana migrante que intentaba llegar a Estados Unidos.

No lavó los trastes, ya mejor mañana, antes de que Kevin regresara. Arregló la mochila: zapatos de baile; una camiseta extra; el pasaporte; la *laptop* no, porque pesa mucho; botella de agua, sí.

Se iba a ir caminando, pero ya era la una, a qué hora iba a llegar con Steve. Llamó al taxi de siempre y le dio la dirección: Laurel 6098, pero casi interrumpiéndola, el taxista le dijo alterado: “¿Estás en Paradise?! te tienes que salir de ahí, todo Paradise se está quemando”. Ely sintió su corazón acelerarse y salió de la casa. Sus ojos brillaron con la intensidad del fuego reflejado en ellos. Ely le dijo llorando al taxista que no tenía un carro, pero fue confuso cómo terminó esa llamada, parece que él iba a llamar a la policía...

Ella corría agitada, no había un alma en el pueblo, por qué chingados no supo antes del incendio, ya no importa, no sabía hacia dónde corría, se escuchaban explosiones, el cielo se veía rojizo, le llamó a Kevin, quién sabe para qué. Con desesperación, Ely le dijo que todo se estaba quemando, que no había nadie, en un microsegundo ella visualizó cómo Kevin le hablaba a un amigo y alguien la recogía. Kevin sugirió que volviera a la casa; seguro controlarían el incendio: “Ely, estos incendios son comunes en California”. Ely decidió colgar y siguió corriendo con miedo, confusión y ansiedad. Llamó al 911, le pidieron su nombre completo y su dirección, y con lo que cuesta deletrear en inglés; de seguro mandarían una patrulla a recogerla, ojalá que no tardaran mucho. Luego de anotar todas las calles y apellidos, la oficial habló: no podían pasar hacia donde ella estaba, todo estaba rodeado por fuego, le aconsejó ponerse en un lugar seguro. “¿Dónde?!”, dijo Ely desesperanzada. “Póngase en un lugar a salvo”, le repitieron. Tenía 7% de batería.

El humo le dificultaba respirar. El alma le volvió al cuerpo cuando vio a un hombre de aproximadamente 65 años afuera de una casa cerca de un gran cañón.

- ¡¡Tenemos que irnos!!, ¡hay fuego! -gritó Ely.

Él hizo un ademán con las manos para tranquilizarla. Pero Ely vio que tenía un vehículo: él la iba a llevar...

- Ya lo intentamos, estamos rodeados. – El hombre sostenía una mirada de paz que llenó a Ely de horror.

Ely sollozó...

- ¡Norah!, Norah, tranquiliza a esta niña por favor- decía el hombre, y una señora con un cubrebocas salió.

- Es peligroso irse, no te preocupes, cuando el fuego venga, nos vamos a meter a la piscina. – Dijo la mujer con tono de cirujana que está explicando la técnica a sus asistentes.

- ¿Dónde está la piscina? - Preguntó Ely que necesitaba estar cerca de la piscina.

Atravesaron la casa, donde había un par de perros, un hombre mayor y un par de niños.

Al lado de la piscina, otra mujer con ojos llorosos le dijo a Ely: -deberías llamar a tu familia.

Con 6% de batería, Ely llamó a mamá:

- Mamita, hay un incendio, y no podemos salir...

- ¿Dónde estás? - Interrumpió la mamá.

- Ma, escúchame. No sé qué va a pasar, te quiero mucho...- Ely lloraba y su mamá también.

Luego, se ignora por qué la mamá dijo: “te llamo después” y colgó.

Ely había querido decirle que no se arrepentía de nada y que había probado todas las cosas que se le antojaron... pero se le acabaron las palabras.

Llamó a Kevin:

- Kevin, no podemos salir...

- ¿Llamaste a la policía? Consigue un *ride* y que te lleven a Chico...- Decía resolutivo.

- Kevin, escúchame, te amo- Lloraba Ely.

- Ely, no seas tontita, dile a algún vecino...

Con 3% Ely colgó mirando la inmensidad...

Media hora se fue y un par de hombres empezaron a mojar el techo. La mojaron, no le importó.

Se escuchó el sonido de un carro y Ely salió a ver. Un hombre calvo hablaba con la mujer del cubrebocas.

- ¿¿Qué pasó??- Preguntó Ely.

- Tenemos que irnos, el fuego ya viene. – Dijo el hombre.

- Es peligroso. - Mencionó la mujer del cubrebocas.

- Yo me voy, ¿quieres venir? – Miró a Ely

Ely no pudo despedirse de la familia. Mientras encendía el auto, el hombre dijo, para sí mismo:

- *It's gonna be scary* (va a dar miedo), pero vamos a estar bien. Y Ely pensó “cuando volvamos, Kevin se va a enojar porque no lavé los trastes”.

El 8 de noviembre de 2018, murieron 85 personas en el incendio de Paradise, California; Ely sobrevivió. Su *laptop* se quemó. Kevin perdió su casa. Steve también sobrevivió. La casa de la familia con la piscina se quemó y ella no supo que pasó con ellos.

Categoría de Escritores Adultos | Mención Honorífica

“Aislada por la esperanza” por Priscila Elías

(Advertencia de contenido: violencia doméstica y suicidio)

Había una pareja casada por 5 años ya, se llamaban Sofía y Rogelio. De recién casados, todo era color de rosa y era la vida perfecta que ambos añoraban. Poco a poco esa relación perfecta se fue desmoronando, con la falta de comunicación entre los dos. Ya casi ni se hablaban porque cada vez que uno habría la boca, terminaban peleándose. Cada día que pasaba, la pareja cavaba un hoyo más profundo en su relación, pero estaba la esperanza de que todo volvería a ser como antes.

Sofía no podía creer lo que estaba viendo en sus manos. Estaban muy presentes las dos líneas en la prueba de embarazo que se había tomado. La había comprado nada más para asegurarse de que no estaba embarazada, ni le había dicho a Rogelio que se iba hacer una prueba de embarazo. Sofía estaba tan segura de no estar embarazada que decidió salir a comprarse dos pruebas más. Rogelio estaba viendo las noticias en la sala del apartamento cuando escuchó que Sofía agarró su bolsa y zapatos para salir. Ni siquiera la volteó a ver cuando salió, solo soltó un suspiro. Pensaba en cómo había llegado a tal grado su relación si eran tan felices y ahora ni se cuentan los buenos días. Cuando Sofía regresó, la miró muy fijamente y decidió preguntarle a dónde fue. Otra vez los reclamos llevaron a gritos hasta que Sofía corre al baño a vomitar.

- ¡Sí, tú, corre, ignórame como siempre! - gritó Rogelio.

Sofía llora en silencio para que Rogelio no le recalque que llora por todo. Se hizo las dos pruebas de embarazo y a su desgracia, ambas salieron positivas. Sofía siguió llorando, pensando que era lo peor que le pudo pasar. Hace unos años habían intentado tener hijos, deseaban ser padres, pero las cosas cambiaron. No eran la misma pareja, vivían una relación rota, ya ni relación se le podía llamar.

Sofía decidió no contarle a Rogelio la noticia. Tenía que pensar si quedarse con el embarazo. Abrió la puerta del baño lentamente para que no la notara Rogelio. Cuál fue su sorpresa que no estaba en el apartamento. Parecía que salió mientras Sofía lloraba en el baño.

Siempre se iba cuando discutían y no sabía a donde. Lo que sí sabía era que cada que regresaba, seguía enojado y encima, borracho. Sofía se acostó a dormir antes de que Rogelio regresara para que no le vaya a reclamar nada. A veces parecía que solo tomaba unas cervezas, pero cuando de verdad se enojaba, le entraba duro a la bebida.

Al estar pensando en qué hacer con su embarazo, se quedó dormida. A medianoche, Sofía despertó, aún no había regresado Rogelio, esta vez se enojó mucho. Se levantó para tomar un poco de agua. Mientras estaba Sofía en la cocina, llegó Rogelio. Se notaba que estaba borracho al escuchar sus intentos para abrir la puerta. La puerta cerró con un fuerte golpe y se escuchaba la fuerte respiración de Rogelio. Se recargó contra la pared y miró fijamente a Sofía con un vaso de agua en la mano. Se quedaron un momento viéndose el uno al otro, hasta que Rogelio se lanzó hacia Sofía y le arrebató el vaso. Se tomó el resto del agua y tiró el vaso fuertemente al suelo, donde se quebró en miles de pedazos. Rogelio se secó la boca con su mano.

Todo el tiempo no quitaba la mirada de Sofía. Sus ojos estaban llenos de odio y furia mientras los de Sofía llenos de terror al ver que Rogelio estaba enojado y se le iba acercando. Sofía paró de respirar por miedo a activar la bomba que tenía en frente. Tenía el tiempo contado antes de explotar. Una gota fría de sudor se estaba formando en la frente de Sofía.

- ¡¿Qué me estás viendo?! ¡¿Tengo algo en la cara o qué?!

Se acercó a la cara de Sofía, abriendo más los ojos esperando respuesta. Sofía retrocedió, pero él se le acercó hasta que Sofía quedó atrapada en una esquina. Parecía un animal hambriento a punto de comerse a su presa. Sofía miró hacia atrás, buscaba una salida, pero Rogelio la tenía acorralada y sin salida.

- ¡Respóndeme! ¡¿Eres muda o qué?! ¡¿Qué...qué, me quieres reclamar algo?! ¡A ver, hazlo, reclámame!

Rogelio pegó el mostrador de la cocina fuertemente con su mano. Sofía se quedó congelada, no se podía mover, ni podía quitarle la mirada a Rogelio. De repente le agarró la quijada a Sofía y apretó fuertemente. Sofía seguía sin soltar ni un solo sonido.

- ¡Me estás colmando la paciencia Sofía! ¡Ya estoy harto de ti, de tu silencio! ¡Ya ni sé por qué sigo casado contigo!

Rogelio aventó a Sofía al suelo. Mostró una cara de odio y desprecio hacia Sofía. Ni una gota del amor que tenía por ella se reflejaba en sus ojos.

-No sirves para nada! ¡Ni para tener hijos me serviste! ¡Estás seca!

Sofía se quedó quieta en el suelo, solo miraba hacia abajo. Los pedazos de vidrio le cortaban la piel, pero no se movía. Tenía la mirada vacía mientras Rogelio la golpeaba y le gritaba maldiciones. Sofía solamente intentaba no pensar en los golpes. No sabía qué hacer. Su

familia le dejó de hablar cuando se casó con Rogelio y él se encargó de apartarla de todas sus amistades. Incluso se mudaron a otro estado, donde Sofía no conocía nada, ni la dejó trabajar. Todo su mundo estaba resumido en ese pequeño apartamento.

Al terminar su desato, Rogelio se va al cuarto a dormir, dejando a Sofía en el suelo. A causa de los vidrios y los golpes de Rogelio, la sangre de Sofía corría por todos lados. Era casi seguro que ella perdería el embarazo. Sofía apenas podía moverse y quedó rendida. Rendida a Rogelio, rendida a la pérdida, rendida a la vida. Lo último que hizo fue tomar un pedazo de vidrio.

Categoría de Escritores Adultos | Mención Honorífica

“¿Qué quedará? por rosangélica

Quedarán las semillas que sembramos
cuando estemos ya del otro lado
cuando por fin nos demos al abrazo de la tierra
envueltos en el paisaje
que siempre nos llamó cómo madre
extendiéndonos la mano
mientras le derramábamos nuestra sangre.

El bosque tomará el espacio
que dejemos vacío
la enredadera
tejerá nuestra historia
en un tapete de hojas
en un suspiro de amor besará
el suelo donde construimos
las paredes que mantuvieron el calor
de nuestro aliento, de esperanza
un contenedor de sueños, un hogar.

Quedará una casita color azul esmeralda con una puerta
color sol, y una banca de madera pintada de rosa
donde debajo del palo verde miramos el atardecer
caer detrás de los nopales llenos de primavera.

Quedarán los fragmentos de metal
suspendidos sin gravedad a lo lejos del universo
aún capturando imágenes, maravilla y misterio
de todo lo que hay, de todo lo que no sabemos mirar
transmitiendo fotos a un lugar que ya no existe.

Quedará solo el recuerdo de lo que fuimos
humanidad que escribía poemas
sobre una tierra libre de guerra
libre de sangre
libre de sí misma.

Quedará nuestra historia escrita entre la piedra
escrita por el agua misma
quedará solo polvo
polvo que se envuelve con el viento
que vuelve a ser fértil
que vuelva a dar vida.

Categoría de Escritores Adultos | Mención Honorífica

“Huellas criminales” por Judith Ibarra

Cortaron el muro con una segueta *rurrurur*, pero iban y lo cortaban en ratitos cuando no hubiera migra para que no se notara que lo estaban cortando. Lo cortaron de abajo y de arriba y sacaron el poste esa misma tarde. Cuando se empezó a oscurecer los coyotes sacaron una van, Astro, por ese camino que les tomó casi todo el día a abrir el paso. Era algo tan riesgoso porque “La migra” estaba tan cerca de nosotros que hasta podíamos verla. Estábamos agachados detrás de un arbusto cerca de una arenita al lado de un arroyito camuflajeados para que no nos pudieran ver. Esa misma noche pasamos el muro y llegamos a nuestro segundo punto de espera, rápidamente nos bajamos de la van para que la pudieran ir a esconder. Los coyotes trabajaron juntos para tapar la van con ramas y nosotros caminamos, parecía que íbamos hacia “El Río Grande” porque se nos hizo lejos bajar la montaña y escondernos cerca de otro arroyo. Uno de los coyotes se regresó con nosotros y tenía un radio, estaba esperando que el otro coyote le avisara para saber cuándo era cambio de turno y podíamos regresar a la van e irnos al “otro lado”.

Era un 29 de agosto de 1998. El clima era muy caluroso, durante el día caminamos como unas 4 horas que parecieron 10. El sol nos agotó y el agua nos faltó, pero nadie se deshidrató. Nos movíamos muy cuidadosamente en grupos. Podíamos ver el parabrisas de “La migra” brillar con el sol, lo mirábamos cómo patrullaba tan cerca de nosotros. Cuando nos sentíamos en peligro nos tirábamos al suelo. El que estaba con nosotros nos dijo “báñense y quítense esa tierra y sudor. Los queremos limpios en la van para que no los puedan oler si es que nos paran.” La ropa se nos secó rápido con tanto viento y frío que hacía. Venían con nosotros solo dos mujeres y los demás eran hombres. Éramos 12 en total. Pero yo no tenía nada de miedo. Los coyotes me trataron diferente de que a los demás con más amabilidad. No tenía miedo de que me fueran a violar, robar o faltar al respeto como mujer. Para mí lo peor ya había pasado y de eso estaba huyendo.

Yo seguía enfocada en el presente, cruzar el cerro sin ser capturada por “La migra” y llegar a mi destino. Ya me urgía saber cómo estaba mi hijita. El primer intento de cruzar al “otro lado” fue por la línea con un coyote charlatán que nos consiguió una tía. Yo era muy inteligente y no sé por qué caí en la mentira, solo me estafó. Nos dijo el coyote, “Caminen casualmente, en cuanto pase el grupo de gente que va enfrente de ustedes, se pasan.” Pero inmediatamente nos capturaron los agentes de migración. Nos metieron a la cárcel a mi hija y a mí por toda una larguísima noche. A mí me tomaron una foto y me sacaron las huellas. Me hicieron sentir como una escoria de la sociedad. Estuve llorando a escondidas de mi hija de 8 años cuando de repente una vocecita me dice “mamá tú me dijiste que somos muy valientes, ya no llores mami, tú no eres una criminal.”

De mañana nos echaron, y regresamos a la casa de la Doña Cuca en Tijuana. Llamé a mi cuñado en Guadalajara y le dije que estaba huyendo de su hermano quien me maltrató y manipuló mentalmente por años. Me recomendó un coyote de confianza. Me tocó suerte porque el coyote me dijo, “alístese que pasamos por usted, esta misma tarde salimos para la frontera.” Yo tuve que dejar a mi chiquita bonita al cuidado de Doña Cuca. Ella me dijo, “salte sin que se dé cuenta porque no quiero que se quede llorando toda la noche y no nos deje dormir.” Mi corazón se quebró al tener que dejarla. El siguiente día en la mañana mi tío Beto levantó a mi Karla y la pasó por la línea haciéndola pasar por una de sus hijas. Llena de valor dijo, “tío yo soy muy lista, me haré la

dormida como usted dijo y me pondré a soñar con volver a abrazar a mi mamita.” Pronto pasaron, como era un día feriado no los cuestionaron al pasar la línea. Estuvo esperándome por dos días en el área de Los Ángeles.

Yo solo traía una mochila con mi tarjeta de identificación, un cambio de ropa y un poco de dinero. Esperábamos con muchas ansias y frío, mientras el coyote estaba arriba en el cerro vigilando a “La migra” que patrullaba. En la madrugada el coyote habló por el radio y dijo, “vénganse, ¡pero YA!” Yo ya iba cambiada, y llegando a la van me dijeron “suéltate el cabello, ponte mis lentes en la cabeza, ponte las zapatillas y súbete enfrente.” Yo era copiloto. Me dijo el coyote “dame tu identificación” y se la di. Luego miré cómo antes de irnos los coyotes consumían droga, un polvo blanco por su nariz. Después observé cómo los demás parecían sardinas tapadas con unas lonas entre los asientos de atrás. Nos fuimos por el mismo camino donde partió “La migra.” Yo pensaba que nos íbamos a estrellar de tan rápido que íbamos. Porque con todo el polvo no se veía nada. En aproximadamente 15 min ya estábamos en la auto pista I-5 y en unas dos horas estábamos en Los Ángeles, Huntington Park.

Esa misma tarde mi hermana mayor Catalina fue por mí. Fuimos por mi hija Karla y partimos al norte de California. Llegamos a Lodi, California en 6 horas. Y por fin me pude reunir con mis padres y el resto de mi familia.

Soy Beatriz, soy hija de un bracero a quien le exprimieron la última gota de sudor, quien alimentó al mismo país que ahora me considera una criminal. Aunque mis raíces indígenas pertenecen a estas tierras desde siglos atrás. Por haber cruzado como ilegal a mis 28 años, por esa razón, jamás podré arreglar papeles.

Categoría de Escritores Adultos | Mención Honorífica

“Entre sombras y luz” por Eduardo Claudio

Me recuerdo en una paz ya ida, un niño fortificado en la fortaleza de su imaginación. Las leyes del mundo nunca en la constitución de sus juegos. Su escape la traspuesta de una casa consumido con árboles, sabiendo llegar a las casas de los duendecillos, pero siempre al alcanzarlos él se caía en el océano de hojas, y en venir primavera se desaparecieron. Su pasatiempo la refriega con objetos regulares al cual él les daría vida y al mismo tiempo los llevaría hasta la muerte a la provocación de sus manos; la batalla entre humano y monstruos articulados por las películas de horror consumido en las noches oscuras. Su ilusión era lograr los mismos aires de las mariposas y mariquitas aleteando por el florecimiento de mis memorias; y con paciencia les atraparía entre sus dedos, contemplándolos con maravilla. Pero las abejas construirían una fortaleza para mantener antes de la curiosidad de sus manos y el, atrevido como era necio, sentiría la ira de mil picaduras sobre su cuerpo.

Todo a su tiempo, lamentablemente, todo perdido por la memoria de un amor consumiente. Y pensar que mi primer beso fue después de una agresión sexual a mi amante; ella, para olvidar de su tristeza que le saltó ese bastardo entre su boca, cautivó mis labios para rechazar ese pensamiento. Un beso agri dulce en pensar de ese momento... el mundo que transcendía luz y jóvenes transformaría en los días siguientes, todo lo que era magia los encontramos en el oscurecimiento, donde nuestro amor fue subyugado a la piel. Ahí, dos cuerpos sensuales robarían los aires del mundo hasta que no había visión. Pero el tiempo era nuestro enemigo, y si el amanecer nos encontró juntos, habría consecuencias. Pasaríamos los días a escondidas por hierbas altas y con sorpresa su cara divina se asumía por el verdor, abordándome hasta el suelo; riéndonos en esta simplicidad de amor. Las noches pararían entre sus pechos, dos sonrientes por besos en cada esquina del cuerpo hasta que eso fue todo lo que deseábamos.

Con vanidad al placer, nos quedábamos ignorantes a las petulancias que quedaban por afuera de la ventana de nuestra alma; Y, después de una ofensa, el silencio llevaría labios al abismo. Una eternidad me aprisionaría hasta que la vi en la madrugada, entre una valla y las palabras caído al suelo, la desesperación me inclinaba lentamente por el hombre; hasta que, con un salto de fe, me arrojé a su cuello para conquistar ese olor que tanto me encantaba. En su sonrisa había roto la maldición que no permitía afección, y en nuestro querer, nos desarropamos todo, liberándonos de nuestra castidad. Volamos en paraíso: despertando los pájaros que dormían en paz, sacudiendo los picos de su nieve, llegando hasta las temperaturas de venus. Las horas y las estrellas chisparon los cielos en nuestra cama de placer; pero ciego fue esta devoción que no vimos los brillos del sol arrastrándose sobre nuestros cuerpos. Cuando al fin dábamos cuenta, era ya muy tarde, la arranco de mi brazo, llevándola lejos de mi vista. Persiguiendo sus gritos por el dédalo (donde nos conocimos por primera vez), la perdí en las tinieblas que me avanzaba.

Era tarde cuando la descubrí deprimida en el banco de un parque, sin decir nada, me uní a ella en su penumbra. Refleje el tiempo de nuestro conocimiento, sabiendo que no íbamos a volver atrás; perdimos parte de nosotros mismos, esencial para nuestra juventud, pero la esperanza nos abandonó. Con miseria me dijo que no nos podríamos ver por orden del destino. Pero tan fuerte fue este amor que decidimos seguir adelante en el camino donde nos podríamos amar en eternidad. Ella, por estar bajo la visión de ellos que no nos querían ver juntos, y yo, sin buscar una entrada en su castillo impenetrable, nos vimos cada vez menos. La ruta que escogimos era oscura y sin señal de vida, el estar sin nuestro aliento sería el bajoneo de esta relación. Pero yo, en pensar que podríamos lograr cualquier sufrimiento, lucharía hasta el fin para ver esa sonrisa que fue disminuyendo a medida que pasaba el tiempo; a pesar de todo... nada... me iba preparar... en la tragedia... de su violación.

.....

Te fuiste, solo para volver, acusándome por motivos que nunca fueron míos. Faltando meses, cuando recibe mensaje que te estuve siguiendo, como un fantasma del pasado con nada para detenerle, menos la lumbre de tus recuerdos. Pero, a través de tus afirmaciones, sin haber remediado las escombras de tu corazón, un deseo inadvertido que estiraba tus labios marchitos.

Retiraste tu cargo al abrir tu corazón, pero me ahogaba en el fondo de tu tristeza. Me contabas que te estaban abusando sexualmente en el trabajo, y un día, con gran pena, llamaste mi nombre sin saber por qué; pero yo no estaba allí, y marchaste durante millas con pasos hoscos por el canal de mi domicilio. Un coche se detendría bruscamente, mientras intentabas acabar con tu vida; al oír estas palabras dejé caer mi teléfono hasta el suelo.

Nos encontramos de nuevo en el mismo parque que vio nuestra desgracia; cepillando tus mejillas sonrosadas como solía hacerlo, antes de perderte. Detenido en un abrazo, no había palabras para decir cuánto te extrañaba. Pasamos el tiempo encima de zacate, hablando del pasado y recuperando el tiempo perdido. Con tus piernas estrechadas hacia mí, vi el resuelto de tu sufrimiento, induciéndome al silencio, hasta que las retiraste. Estiré mi brazo, dejándolo suspendido ante tus piernas: dejaste a un lado tu timidez, entregándote a la ternura de mis dedos y a mi mirada apenada; hubiéramos hablado más, pero el hambre nos apoderó.

Venciendo el apetito, tú con tu *donut* de unicornio y el mío cubierto con galleta y crema, me recordaba que no vivíamos en el anterior. Entre perder y el olvido, buscaba manera de seguir adelante: curando las cicatrices dejadas sobre mi cuerpo, recogiendo los pedazos de mi rompecabezas, destrozado por la maldad, olvidando tu cuerpo que antes significaba paz; pero

sucumbí a la ira, entregándome al silencio, donde el único ruido era tu nombre distante. Reflejado en estos pensamientos, solo conocía la oscuridad. Te pregunté si me había desfigurado de aquel hombre que tanto enamorabas, y aunque ya no me conocía a mí mismo, en ese momento, llena de esperanza, me dijiste que sigue siendo el amor que nunca olvidaste, aun por pestañas empapadas. Me quede ignorante a tu respuesta, pero, como si las constelaciones de nuestra alma nunca nos partieron: buscando en tu bolsa, alegre y con prisa, sacaste un cofre del tesoro.

No lo podría creer, en una noche perdido en el pasado sin sentido, regresando de la bahía, te entregué un obsequio. En su compartimento: un anillo tallado del tridente de Neptuno, dejado para irradiar tus dedos, un acuerdo entre el mar y la tierra para siempre estar al lado de nuestro amor; una pulsera unida de conchas, enclavados a la orilla del mar, donde busque sus casas abandonadas, regaladas por las olas, y con mis manos la coloque alrededor de tu muñeca, anunciando nuestra protección antes los naufragios de la vida; y, nadando entre la sal y la frescura, descendiendo al suelo marino, guiado por los ser vivientes del mar, delante de la boca de un ostión inmensa, le declaré mi amor por ti en un poema, y en sus gritos, un collar de perlas, al cual adoré antes de tu piel de arena blanqueada. Sostenido con delicadeza en mis manos, mi penitencia por olvidar nuestro compromiso se manifestó en lágrimas incontrolables. Al mirarme, tu rostro asombrado sembraba tus manos que cubrieron tu boca, llenándote de arrepentimiento. Así que, a merced de tu ofrenda, no lo abrí, en cambio, un momento que nos aferró por años después.

Categoría de Escritores Adultos | Mención Honorífica

“Chernóbil” por Karla García

¡Ay! ¿Ya vas a empezar?

Una frase difícil de olvidar
Tus ojos dicen: “aquí vas una vez más”
Causaste una herida profunda
Logras que el corazón se confunda
Con tu actitud te muestras cansado
¿La causa, la mujer a tu lado?
Dices solo dramatiza y martiriza
Su ansiedad arrasa y esclaviza

¿Ya vas a empezar?

Gritas como una bestia a quien domar
Como perro al que hay que educar
Mis ojos suplicantes te gritaban
El refugio solo en ti ansiaban
Una mirada fulminante recibí
Lo que me obligaba a querer huir
Desee no ser un caos rotundo
Quien te hace mas feliz en este mundo

¡Ay ya vas a empezar!

Debí ocultarte el río de mis ojos
Mantener a mi corazón los cerrojos
Jamás mostrarte mi vulnerabilidad
Tarde en verte como mi debilidad
Pues inestable son mis pensamientos
Mi mente solo pronostica tormentos
Exiges con dureza darte razones
Por desconocerlas hay más decepciones

Tal como susurro... “ya vas a empezar”

Detrás de sombras permanecían mis defectos
Y tu me los gritaste a los cuatro vientos
Sin verbo solo mirada decepcionada
Tanto destrozo la meta no alcanzaba
Como callar frases tatuadas en mi alma
Pareciera lo único que me da calma
Tus proyectiles ya dejaste de disparar
Mas es el arma que me puede apaciguar

Resuena sin avisar... “ya vas a empezar”

Iguales y al mismo tiempo tan diferentes
Pero juntos somos tal como adolescentes
En definitiva, te mereces alguien mejor
Quisiera gritártelo con todo fervor
Pienso en desecharlo todo a la basura
Mi ansiedad gritando, no quiere una ruptura
¿Tan inherente eres como el oxígeno?
No se puede huir mas se volvió cancerígeno

SOBRE LA EDITORA



Brenda Romero es profesora de español y literatura en la Universidad Estatal de California en Sacramento. Obtuvo una Maestría en Lengua Española y un Doctorado en Literatura Latinoamericana por la Universidad de Utah. Sus áreas de especialización abarcan los estudios de México y el periodo colonial. En su labor investigadora, se centra en la recuperación de voces históricamente marginadas y en el análisis de textos escasamente estudiados debido a su relegación histórica, entre ellos los Códices Nahuas. La Dra. Romero ha participado en numerosas conferencias académicas nacionales e internacionales, y su trabajo forma parte de diversas publicaciones literarias y culturales. Además de su trayectoria docente, cuenta con amplia experiencia como intérprete y traductora. Es fundadora del concurso de escritura en español *Voces de Sacramento*.